

LA CORDILLERA DE LOS ANDES: DE MURO A PORTAL. VISIONES DEL OTRO A TRAVÉS DEL ESPACIO

Claudio Maíz

Universidad Nacional de Cuyo – CONICET

Resumen

Nos hemos planteado los cambios de percepción de un accidente geográfico, como la cadena montañosa de los Andes, desde la Colonia hasta nuestros días, como un modo de comprender mejor nuestras maneras de ver el mundo. En efecto, la relación con el espacio avala universalmente la particularidad de las identidades, tal como ha sido estudiado por la antropología, entre otras disciplinas que se han ocupado de la problemática entre identidad y espacio. Nos interesa concentrarnos en las significaciones que le ha sido asignado al macizo andino en ciertas etapas, en uno y otro lado del mismo. La significación de muro que se le atribuye a la cordillera constituye una de las varias que existen y circulan en los textos literarios y no literarios. La relevancia que tiene ese punto de vista –el muro– se puede apreciar mejor en el campo de las relaciones internacionales entre ambos países. Sin embargo, existen otras relaciones espacio-representación que han alentado procesos integracionistas.

Palabras clave: identidad – frontera – viaje – espacio – representación.

Abstract

In “The Andes mountain range: a wall or a gateway? Views of one’s neighbors across space”, we have considered how the changes in perception of a geographical feature, such as the Andes mountain range from Colonial times to the present day, shed light on the ways we see the world. As a matter of fact, generalizations on particular features of various social identities can be drawn on the social groups’ relationship

with geographical space. Such a relationship has been tackled by anthropology as well as other fields of study which have dealt with the interplay between identity and geographical space. Our interest is to focus on the types of significance assigned to the Andes mountain range on both sides of it in certain time periods. The significance of the range as a wall is one of several views circulating in literary and non-literary writing. The relevance of this view can be best appreciated in terms of international relations between Argentina and Chile as bordering countries. However, other types of state-space representation relationships have been put forth which have promoted closer integration.

Key words: identity – border – travel – space – representation.

“Resta un chileno de un argentino, o viceversa.
O súmalos. Haz lo que quieras, de acuerdo.
El resultado será el mismo: un fantasma.”
César Aira. “Los fantasmas”.

Semejanzas geoculturales

A la largo de la frontera argentino-chilena se pueden reconocer tres sectores importantes en el que se producen las relaciones fronterizas entre ambos países. El primero, en el Norte, que no creó, a pesar del intenso tráfico comercial y de movimiento de personas, un espacio de significación respecto a las identidades. El segundo, hacia el Centro que presenta, por razones históricas, una situación complejamente diferente, ante todo, por la pertenencia hasta 1776 de la Provincia de Cuyo a la Capitanía General de Chile. El tercer sector se ubica en el Sur, en el que las relaciones se tornan más conflictivas desde el punto de vista diplomático¹. En el segundo sector que nos ocupa, los valles al pie de la cordillera de los Andes centrales, junto con el macizo andino, constituyen una unidad espacial en el que se produce una

singular relación entre ciertas configuraciones culturales y el medio físico. Dicha unidad, a pesar de la separación aguda implicada en la altura que alcanza, puede visualizarse de manera sincrónica, es decir, ciertas apreciaciones pueden hacerse valer tanto de un lado como del otro del macizo. Existe, pues, una textura semejante que contribuye, y aun alienta, un abordaje de conjunto. La “escenografía” paisajística reitera, de un lado y otro, los mismos elementos que componen la imagen montañesa caracterizadora y más conocida, esto es, el río que corre desde la mayor altura hacia los valles, las nieve que cubren durante casi todo el año los extremos más elevados de las montañas, los descensos bruscos, la caprichosa senda de curvas y contracurvas, etc. Aunque altamente coincidentes, cada una de las laderas, no obstante, desde el punto de vista físico presenta características propias. Del lado correspondiente a la provincia de Mendoza, se aprecian tres encadenamientos que forman parte del gran eje montañoso. El río Mendoza corta la cadena mediante una garganta larga y profunda. Sin embargo, no caben dudas, sobre la escasez de espacio para el trazado y fijación de asentamientos, tanto de uno como de otro lado de la cordillera².

La circunstancia geocultural someramente descrita posibilita plantear la hipótesis de concebir dicho conjunto como parte de un mismo territorio. “El mendocino -escribía Gabriela Mistral- que ya no tiene de común con el sanfelipeño sino el mirar viñedo unánime y cerros centauros: durmiendo en la misma cama de paisaje nos hemos arreglado para parecernos más”³. La escritora chilena, como veremos, integra el elenco de quienes perciben la cordillera como parte de una región y no como el accidente que la fragmenta. Con todo, el especial carácter que esta circunstancia le imprime, por lo menos a los habitantes del valle mendocino, puede ser ventajosa o no, según se mire. “Su situación -escribía sobre Mendoza Francis Bond Head, uno de los tantos viajeros ingleses que recorrieron Los Andes en el siglo XIX- los destina a la inactividad, están limitados por los Andes y las Pampas, y, con tan formidables e implacables barreras a su derredor, ¿qué tienen que ver con las historias, progresos o naciones del resto del mundo?”⁴.

Como puede observarse, el viajero inglés proyecta sobre Mendoza la idea de una espacialidad aislada por dos formaciones: una, la pampa, que representa la inmensidad y la otra, los Andes, la inaccesibilidad. Las dos, no obstante, son vistas como barrera, muros, obstáculos que detienen la llegada del progreso o el contacto con el mundo. Sin embargo, incluso admitiendo el oscuro papel histórico jugado por Mendoza desde su fundación, dicha marginalidad se verá alterada por el hecho de convertirse en sede de los preparativos del cruce de Los Andes, al mando de San Martín. De rincón de escasa o nula significación al pie de la montaña, Mendoza adquirió una repentina proyección continental⁵. Dejaremos para otra oportunidad, no obstante, la discusión de los tópicos que circulan en la literatura de viajes y le asignan a Mendoza una marcada molicie y escasa propensión a los asuntos que fueran más allá de intereses comerciales⁶. Sin embargo, digamos que el tópico de la molicie es atribuido también a los habitantes del otro lado. En efecto, el viajero inglés Samuel Haigh escribe respecto de Santiago de Chile: “Por sus costumbres esta gente no sería considerada como industriosa en Europa: un clima idéntico, poco que hacer, y la natural inclinación humana a la indolencia, conspiran para que Santiago no sea ni con mucho un pueblo de trabajo; además, poco puede esperarse de un lugar tan distante de la costa [...]”⁷. Como se puede observar, otra vez el espacio es determinante para la apreciación del carácter humano que se analiza. Mendoza o Santiago de Chile se ubican lejos de los puertos, que es por donde se supone que ingresan los factores capaces de engendrar el “progreso”. Conviene precisar que el tópico del determinismo geográfico no es propiedad de los textos de viajeros extranjeros, Sarmiento se hará eco del estorbo que implica la “extensión” de los espacios deshabitados e “incivilizados”. Pero quisiéramos destacar que dos miradas diferentes coinciden en la atribución del tópico de la molicie a sendos espacios vinculados por la cordillera andina. Lo cual viene a reafirmar nuestras suposiciones sobre una mirada sincrónica del espacio cordillerano. Por cierto que no es el único elemento de prueba, como veremos.

De nuestras consideraciones, necesariamente, debemos descartar la mirada de valor económico o estratégico, que, con “ojos imperiales”, los viajeros extranjeros posaban sobre la cadena montañosa⁸. Se trata de los viajes de la “vanguardia capitalista”, como llama a estas incursiones Mary Louise Pratt: “los trozos de naturaleza que recogían eran muestras de materias primas, no muestras del designio cósmico de la Naturaleza”⁹. Sin embargo, habremos de valernos de algunos de sus testimonios como pruebas de la circulación de ciertas formaciones discursivas en la época. Así como también quedará para otra ocasión, la visión de la montaña como lugar sagrado o como ruta imperial o de comercio que tuvo para las culturas precolombinas. No obstante, digamos que, por ejemplo, la novela del escritor peruano Ciro Alegría, *El mundo es ancho y ajeno* (1941), considerada como la consagración de la novela indigenista, desde la orientación de un indigenismo estético, se figura el mundo, por lo tanto también el espacio, como una superficie vasta, inmensurable. Al tiempo que resume la nostalgia de un apego perdido, la novela alude a la propiedad de un mundo mítico prehispánico, que ha dejado de incumbir a los indios: ya no existe una pertenencia porque la propiedad efectiva y tangible es ajena. La novela desliza el canto entristecido de una raza vencida, que sólo le resta soñar la utopía de un paraíso perdido. Si recordamos los motivos de esta novela, que constituye tan solo una muestra de un enorme corpus literario, lo es en virtud de que la vastedad espacial y la no posesión del territorio integran, como síntesis, un glosario de problemas en torno a la configuración del espacio, en aspectos tan decisivos como la delimitación fronteriza del mismo, la definición identitaria o la conformación de las nacionalidades, como se ha dicho. En el revés de trama de la conciencia territorial se ubican respuestas políticas, episodios bélicos, demandas sociales. Bastaría recordar, como casos más contemporáneos, el fenómeno de Chiapas en México o el movimiento de los Sin Tierra en Brasil, para tener una idea de la vigencia de la problemática territorial en América Latina. O el permanente estado beligerante que inquieta ciertas fronteras latinoamericanas. No sólo por ello tendría vigencia, sino además

como contrapartida de los giros posmodernos que, en su apogeo, han planteado la controvertida premisa de la desterritorialización, como el nuevo signo de la mundialización del capital. Por cierto que estamos lejos de despejar las incógnitas que despiertan tales cuestiones. Habremos de referirnos más adelante a las divergentes percepciones sobre el istmo de Panamá que han tenido las culturas precolombinas y los españoles, digamos por ahora que, por el hecho de ser culturas terrestres antes que marinas, las precolombinas obviamente confirieron una categoría mitológica al espacio. Circunstancia que habrá de alterarse violentamente con la avanzada europea llegada con la conquista, en virtud de la reorientación geográfico-cultural que impone. No sólo en Mesoamérica se visualiza el fenómeno, sino también en el antiguo imperio incaico, ya que de ser una organización con bases en los valles de la Sierra y orientada hacia el este, a la montaña y la selva, pasó a emplazarse hacia la costa. Es la tesis sostenida por el filósofo peruano Luis E. Valcárcel en su estudio culturológico *La ruta cultural del Perú*¹⁰. Dentro del campo culturológico referido al espacio, debe mencionarse el texto del escritor boliviano Jaime Mendoza, *Macizo andino* (1935), que ve en la cadena montañosa el nexo de unión histórico entre las culturas del Tiahuanacu y la nación boliviana, hasta la guerra del Pacífico¹¹.

Con todo, plantearnos los cambios de percepción de un accidente geográfico, desde la Colonia hasta nuestros días, puede ayudarnos a comprender mejor nuestras maneras de ver el mundo. En efecto, la relación con el espacio avala universalmente la particularidad de las identidades, tal como ha sido estudiado por la antropología, entre otras disciplinas que se han ocupado de la problemática entre identidad y espacio¹². Nos interesa concentrarnos en las significaciones que le ha sido asignado al macizo andino en ciertas etapas, en uno y otro lado del mismo. La significación de muro que el viajero inglés citado le atribuye a la cordillera constituye una de las varias que existen y circulan en los textos literarios y no literarios. La relevancia que tiene ese punto de vista -el muro- se puede apreciar mejor en el campo de las

relaciones internacionales entre ambos países. Como se sabe, existe una historia común signada por los conflictos fronterizos, los cuales, aunque agudos, no llegaron a provocar enfrentamientos bélicos, pese a los conatos que existieron. No puede decirse lo mismo de ambas naciones por separado, que sí llegaron a la guerra con sus vecinos¹³. En el proceso de constitución de las nacionalidades, la cordillera significó el recurso físico más propicio para la separación y demarcación de las soberanías territoriales y la asignación de identidades.

La hipótesis de visualizar sincrónicamente los espacios cordilleranos centrales, suponemos, nos permitirá recuperar ciertas manifestaciones identitarias soterradas o silenciadas merced a las políticas, o lisa y llanamente al interés, del Estado nacional respectivo¹⁴. Las imágenes ideadas refuerzan, desde luego, los mecanismos de identificación a un territorio, una manera de ver y de ser, es decir, no basta el trazado de un mapa político, sino que éste debe coincidir con otro cultural. Las imágenes creadas han contribuido a establecer los perímetros hacia cuyo interior el hombre tiende a reconocer y ser reconocido como propio de esa “superficie”. Se trata de una acción que encierra pero no proyecta, en palabras de Cavieres. En los pequeños valles transversales chilenos, “aun en las relativas amplitudes del valle central, también en los disgregados espacios australes, la Cordillera queda a las espaldas, hace mirar hacia el Pacífico”. Una imagen oficial vigente por varios períodos de la historia nacional chilena, pero igualmente efectiva e incorporada al imaginario colectivo. En cambio, sigue Cavieres, frente a los “inmensos espacios abiertos de la Argentina, la Cordillera es el límite del territorio nacional”¹⁵. En verdad, para ambas naciones la Cordillera implica el límite fronterizo, sin embargo, la imagen de un “país oceánico” efectivamente ha sido cultivada, como se puede apreciar en el título de un texto de Benjamín Subercaseaux, *Tierra de Océano* (1946). Por otro lado, mientras que la cordillera su ubicaría “a las espaldas” para los chilenos, orientándolos hacia el Pacífico, Esteban Echeverría en *La cautiva* deslizaba otra alineación para el caso argentino: “Era la tarde, y la hora / en que

el sol la cresta dora / de *los Andes*. El desierto / inconmensurable, abierto / y misterioso / *a sus pies* / se extiende, triste el semblante solitario y taciturno / como el mar...". El observador contempla la cordillera desde el extremo de la pampa, esto es, la ve como si fuera angosta y pudiera verse los Andes¹⁶. Tal perspectiva contraría a la de Sarmiento y su noción de la inmensidad nociva para la modernización: si la cordillera puede verse desde la pampa, la imagen territorial inscripta conjuga, entonces, la llanura con la montaña, circunstancia verdaderamente excepcional en los textos argentinos de la época, sobre todo si procedían de Buenos Aires.

Pues bien, hechas estas aclaraciones y delimitaciones necesarias, está en nuestro propósito principal contribuir a llenar un vacío que hemos percibido en los estudios sobre la espacialidad y las exploraciones reales o imaginaria del mismo. En efecto, los estudios, que son ingentes, recorren fuentes y bibliografías críticas más o menos concurrentes, dando prioridad al espacio patagónico y pampeano¹⁷. El registro de los vínculos entre el macizo andino y las variaciones perceptivas ha resultado un capítulo pendiente¹⁸.

La compleja percepción del espacio

Al hablar de percepción no lo hacemos en el sentido de la neurofisiología de la percepción ni de la psicología. El campo en el cual planteamos la problemática de los cambios en la percepción de un accidente geográfico pertenece más bien al de la historia de la percepción. Dicho campo concibe a la percepción como un "estudio de la interacción dinámica entre el contenido del pensamiento y la institucionalización del mundo", en palabras de Donald Lowe¹⁹. En otros términos, los cambios en el contenido del pensamiento pueden ser comprendidos en su relación con la estructura social. Para dar cuenta de los cambios en el contenido del conocimiento es necesario saber que el campo de percepción lo determina, y que a su vez éste está siendo determinado por la sociedad como totalidad. La variación perceptiva de la cordillera

de los Andes, entonces, no es ajena a las condiciones sociales en la que se produce. Aún más, el campo de percepción es el resultado de una conjunción de factores, entre ellos, los medios técnicos de comunicación, la jerarquía de los sentidos y el orden epistémico que los rige. De manera que “el pensamiento no es un simple reflejo pasivo de la estructura social sino la conciencia reflexiva por medio de la cual es vivida la estructura social como relaciones intencionales aún en vigor”²⁰. Podría decirse que el campo burgués de la percepción constituye uno de los enclaves primordiales en la variación perceptiva de la cordillera. El contexto al que es posible remitir dicho campo tiene que ver con el proceso de constitución de las nacionalidades, los dominios territoriales, la preocupación por los límites, el control de las aduanas. Se trata de vastos proyectos de modernización compulsiva. No debe olvidarse que el orden epistémico propio del campo burgués de la percepción es el desarrollo en el tiempo. Asociado a ello el burgués experimentó el mundo espacialmente como la explotación racional de la naturaleza y temporalmente como el aplazamiento del deseo²¹. Las elites latinoamericanas, en general, se vieron compelidas por una fuerza de dominio de la naturaleza, proveniente del racionalismo del XVIII.

Naturaleza, razón y progreso constituyen verdaderos pilares de los nuevos rumbos. De manera paralela al dominio de la naturaleza sobreviene el afán de dominar el territorio. Ya en 1739 en el marco de la creación y difusión de instituciones ilustradas de investigación, en España se incluía entre las obligaciones la de estudiar, entre otras materias, “el arte de mover, levantar, conducir y repartir el agua, hacer los ríos navegables, adaptar los puertos de mar remediando con el arte los defectos de la naturaleza”. Esta “aspiración de remediar con el arte los defectos de la naturaleza constituye, sin duda, la más impresionante declaración que puede encontrarse en el siglo XVIII sobre las posibilidades de la acción humana en la superficie terrestre”²². Asimismo la corona española demostró estar penetrada por estos designios, cuando contrató al navegante Alejandro Malaspina (1754-1819), quien dio la vuelta al mundo en las corbetas “Descubierta” y “Atrevida”, en una

expedición que comandó entre 1789 y 1794. El impulsor del proyecto, el rey Carlos IV, dispuso asimismo que en el viaje científico a América y Oceanía se incorporara Thaddaeus Haenke, especialista en ciencias naturales. De esta excursión saldría su *Descripción del Reyno de Chile*, cuyo recorrido se realizó durante el mes de octubre de 1793²³.

Está claro que el aspecto geomorfológico de la cordillera es lo inalterable, es decir, la montaña ha estado allí desde siempre y sólo otro cataclismo natural como el que le dio origen podría llegar a alterar su aspecto. Lo dinámico, en cambio, es la percepción que tenemos de esos accidentes geográficos y la significación que le otorgamos. Vamos a apoyarnos en una de las visiones más recientes sobre la naturaleza del espacio. Milton Santos nos dice:

La sociedad, es decir el hombre, anima las formas espaciales, atribuyéndoles un contenido, una vida [...] una casa vacía o un terreno baldío, un lago, una selva, una montaña no participan del proceso dialéctico, sino porque les son atribuidos determinados valores, es decir, cuando son transformados en espacio. El simple hecho de existir como formas, es decir, como paisaje, no basta²⁴.

Tales cargas significativas que se depositan sobre los objetos se desprenden de complejos procesos simbólicos producidos dentro de los imaginarios sociales. Cómo nos imaginamos en tanto cuerpos sociales es una pregunta cuya respuesta debe buscarse en los productos culturales, así como también los significados y valores que les concedemos a nuestro entorno. Dentro de esta dialéctica, que puede ser reconocida como un proceso histórico, cabe formularnos el abanico de preguntas sobre la identidad. No ya en procura de respuestas holísticas, sino, en muchos casos, parciales o segmentadas, de acuerdo con los espacios en los que funciona. Lo dicho vale especialmente para los espacios regionales, como el que aquí tratamos²⁵.

Por otra parte, los más recientes estudios sobre la problemática de fronteras afirman que lo que fue concebido exclusivamente como línea demarcatoria de firmes separaciones

políticas, también puede ser visto como espacios sociales. Los imaginarios operan hacia el interior de cada sociedad procurando forjar una unidad de sentido social. No hace mucho tiempo Benedict Anderson²⁶ apreciaba la nación como una comunidad imaginada, reforzando el carácter cultural del nacionalismo que toda sociedad construye y alienta, con más o menos agresividad. Como espacio social dinámico, a la vez histórico y cultural, la frontera tiene su propio devenir que en ciertos casos evade las apreciaciones de las historias nacionales, por demasiado englobantes. Cuando en realidad en tales espacios de integración social como las fronteras se han estado produciendo otros fenómenos socio-culturales, en los que se involucran interrelaciones afectivas, solidarias, de cooperación, como también las “marginación o de conflictos”.

Si se visualizase problema a través de América Latina, se encontrará que, parte importante de los actuales corredores multinacionales, de los espacios de colaboraciones bilaterales impulsados por los Estados, o de los convenios de hermandad destinados a realizar acciones en conjunto a nivel de regiones, surgen a propósitos de espacios que han tenido experiencias previas de integración, experiencias que cuando dejaron de funcionar, no se vieron contrariadas por decisiones propias de las comunidades más involucradas, sino, mucho más frecuentemente, por decisiones externas²⁷.

Dichos espacios que pueden precisarse como estructurados en redes sociales y económicas, a través de rutas comerciales y político-administrativas sufrieron un proceso de desintegración en dos momentos: uno, por decisión de la Corona española en las últimas décadas del siglo XVIII, de acuerdo con reformas administrativas. Como resultado del mismo, Cuyo dejó de pertenecer a la Capitanía General de Chile para formar parte del Virreinato del Río de la Plata. La segunda alteración de estos espacios sobreviene con el surgimiento de los Estados Nacionales en el s. XIX.

El caso del istmo de Panamá

Ahora bien, antes de plantear las posibles fases que caracterizan a la cordillera de Los Andes, como espacio social, pongamos otro ejemplo de una clara significación cultural asignada a un accidente geográfico. Nos referimos al istmo de Panamá y su relación con los mitos geográficos a partir de la conquista española²⁸. Tanto para indios como para españoles ese punto geográfico tuvo significados diferentes. Para los españoles la búsqueda del istmo se ensambla a la máquina extractiva de riquezas que anima el Imperio. ¿De qué manera? Ese accidente geográfico conectaría ambos océanos, por lo tanto la ventaja económica residía en el hecho de que desde el Pacífico venía el oro y la plata, riqueza acrecentada con el oro proveniente de México y el Atlántico constituía la ruta obligada al puerto de Sevilla. En tanto que La Habana era el punto de reunión del flujo proveniente del puerto de Veracruz y el de Cartagena. El Caribe, de esa forma, se convierte en el centro neurálgico de acontecimientos asombrosos, jamás vividos en ningún otro lugar del planeta. Es así como el istmo posee un significado determinante en la concesión de sentidos en la expresión cultural centroamericana²⁹.

Los pueblos precolombinos ignoraban el valor económico de la unión de los océanos, habida cuenta de su nula atracción marítima. Las precolombinas son culturas terrestres; las europeas, además, marítimas. De manera tal, el sentido económico de la unión de los mares y el alcance estratégico para Europa resulta una valoración relativamente reciente, si se quiere, producto de la Conquista. Dicho de otro modo, el istmo se integra al engranaje imperial y su valor como tal no es geomorfológico sino histórico, derivado de la máquina de sentidos que impone el imperio europeo. Durante milenios Centroamérica fue un puente de conexión entre masas continentales, por tanto, se carecía de

interés económico. Con la conquista europea y el desarrollo de un mercado a escala mundial, el puente se convirtió en istmo. Cuando López de Gómara refiere el episodio del descubrimiento del Mar del Sur (el 25 de setiembre de 1513) describe la alegría de Vasco Núñez de Balboa y sus hombres motivada principalmente “por abrir camino para traer a España tanto oro y riquezas cuantas de entonces acá se han traído del Perú”³⁰. La conciencia espacial y sus ventajas económicas irrumpen en América con los viajes exploratorios, hasta entonces, lo que existe es una conciencia mítica del espacio. El pensamiento racional económico de los europeos, con su visión estratégica, choca con el desinterés del influjo mítico. La alusión al istmo de Panamá resulta pertinente en razón de que se puede percibir una especial dinámica entre modalidades perceptivas diversas de un mismo accidente geográfico. Pero además la alusión es ajustada puesto que algunos hombres de letras ya realizaban la comparación entre el istmo y los Andes. Benjamín Vicuña Mackenna en una carta-prólogo a Juan Clark, empresario del telégrafo y ferrocarril trasandino, le escribe en 1885, ante la resistencia a construir el tren, que es necesario

[...] esparcir i asentar el convencimiento unánime de que lo más grande i más urgente que tienen hoi que emprender juntos los dos pueblos que los Andes separan a manera de un istmo empinado i colosal, cual el de Panamá, es suprimir aquellas encumbradas i fragosas, pero no invencibles montañas, como distancia i como atajo a las corrientes humanas que hoi momentáneamente se estrellan en Mendoza i en Santa Rosa de los Andes [...]³¹.

La comparación permite ponderar por lo menos dos asuntos: de un lado, el valor estratégico económico que se asigna a la realización de una vía de acceso rápida y segura, como podía llegar a ser el ferrocarril y, de otro, la convergencia de intereses que alienten grandes proyectos comunes, como una manera efectiva de profundizar los vínculos nacionales. Este último aspecto resulta primordial. Veamos escuetamente los motivos. La

noción de istmo en Centroamérica se aplica, se podría decir, en dos planos: uno, el que corresponde efectivamente al istmo de Panamá y la unión de dos masas marinas que representa y otro aplicado al continente mismo, es decir, Centroamérica como istmo, “una lengua de tierra que une las dos grandes masas continentales americanas”³². Como puente continental en sentido amplio³³, sin embargo, carece de contenido propiamente histórico. La tesis de Pérez Brignolo, en el trabajo al que nos hemos referido, consiste en que el sentido en el tiempo de los hombres y sociedades debe buscarse en un espacio más reducido, esto es, aquel que implica a cinco repúblicas ubicadas en la parte central del istmo: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Son los estados que formaron parte de la antigua federación de Centroamérica, entre 1834-1839. En esta parte central del istmo se han producido los acontecimientos políticos más relevantes en cuanto a los intentos de unificación centroamericana. La demarcación tanto histórica como espacial, como la descrita, obedece a la necesidad de develar ciertos *nudos* en cuyas conexiones se producen episodios coyunturalmente interesantes. Todo lo cual estaría comprendido dentro de una renovada mirada de la historia, en la que el espacio no determina, como se ya se sabe, pero sí condiciona³⁴. ¿A qué conclusión arriba Pérez Brignolo? Rotundamente afirma que no existen rasgos fisiográficos o ambientales que empujen a la unidad de la región, debido a la gran biodiversidad existente. A los microcosmos ambientales se le suman los microcosmos culturales. Qué es lo común, entonces, entre estos espacios: el pasaje interoceánico:

Como vimos, virtualmente todo el istmo, desde Tehuantepec hasta el Atrato, fue explorado y utilizado en sus posibilidades de tránsito interoceánico. Sin embargo, es obvio que este rasgo común nunca impulsó otras fuerzas de unidad que las geoestratégicas, en la visión y los intereses de las grandes potencias imperiales interesadas en el pasaje por razones comerciales, navales y militares.

España, Inglaterra y los Estados Unidos, para mencionar sólo las principales³⁵.

Ahora bien, nuestro interés en exponer la tesis de este trabajo reside en apropiarnos del concepto de *nudo* que ha sido aplicado en el análisis histórico y geográfico de la accidentada unidad centroamericana, desde la Colonia a nuestros días a través de espacios económicos regionales. En tales nudos se juegan intereses económicos, culturales y políticos que comprometen la estabilidad o no de las relaciones entre los países vecinos. A nuestro modo de ver, el cordón andino, en su región central, puede ser visualizado como un nudo en el sentido aludido, es decir, un punto en el que confluyen desde intereses económicos hasta miradas estéticas.

Las variantes perceptivas

Ahora sí, podemos establecer algunos hitos particulares en lo que se refiere a las percepciones sobre la cordillera de los Andes, como cadena montañosa que limita dos naciones. Proponemos por los menos tres momentos especiales: 1. la colonia, 2. el siglo XIX, subdividido en dos instancias: el periodo de la independencia (primera mitad del siglo XIX) y la formación de las nacionalidades, 3. el siglo XX, con dos corrientes: una que refuerza la idea de la división y otra que procura el entendimiento cordial y amistoso (en general, la primera corriente se liga a los aparatos estatales y la segunda a la cultura). Estos tres momentos tienen asimismo algunas figuras emblemáticas que actúan en ese espacio: la figura del arriero, en tiempos del comercio colonial, la figura del guerrero, en tiempos de la independencia, la figura del exiliado en tiempos de graves conflictos políticos. Las estructuras matriciales que funcionan en la percepción cordillerana son: espacio social de contacto, escenario de hazañas, muro divisorio, hermandad por la región (valles al pie de la cordillera).

La colonia

El funcionamiento más antiguo nos remonta a los grupos que se movilizaban periódicamente con sus rebaños al interior de la Cordillera. Seminomadismo estacional que dura casi seis meses, coincidente con el deshielo. Pastores y arrieros aprovechaban las pasturas cordilleranas. En estos valles y quebradas interiores intercalados entre los principales cordones andinos, ponían en funcionamiento una antigua red de relaciones sociales y económicas cuyo eje era el área fronteriza argentino-chilena en los Andes. Todavía hacia finales del siglo XIX esa situación estaba vigente. “Nuestros huasos i especialmente nuestros peones - reconocía Vicuña Mackenna- atraviesan hoy la cordillera, como quien va de una hacienda a otra hacienda”. Es que en los valles andinos había “una población nómada i mista -sigue- de argentinos i chilenos, de gauchos i de huasos, guardianes de ganados que en sus enseñadas veranean i en sus quebradas invernan”³⁶. En un estudio reciente, Pablo Lacoste ha demostrado la incidencia económico-social del arriero hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX. Asimismo, y es lo que más nos interesa, el arriero, pese a estar registrado en esa actividad ya sea en alguna ciudad de Chile o una de lo que luego sería la Argentina, su pertenencia era difusa, ambigua. Ni de allá ni de acá: “era - escribe Lacoste- de las montañas, lugar que se transformaba en su espacio de trabajo, su hogar fundamental y a la vez, su espacio constitutivo de identidad”³⁷.

Una de las versiones durante la colonia que merece destacarse es la del ya mencionado Thaddaeus Haenke, científico que viajó en la expedición de Malaspina. Su mirada es la del experto. Hace suyas las descripciones del “Cajón de Maypo”, que, ante la imposibilidad de recorrerlo, incorpora la relación del naturalista Antonio de Pineda que sí lo ha hecho. La observación de la montaña, tan sólo rescata su capacidad generativa, como por ejemplo la de los ríos. “El gran libro de la naturaleza nos enseña esta teoría al observador que se coloca en una de las estas empinadas montañas. Ve un horizonte inmenso lleno de

nieve; los picachos que sirven como de bandera a las nubes, sabe que éstas se forman por la evaporación de la superficie del Océano y de la tierra [...] que las montañas tiene la propiedad de atraer [*sic*] las nubes en razón de su masas [...]”³⁸. La otra alusión se vincula con el carácter demarcatorio. El Reyno de Chile posee los siguientes términos: “por el N. el río Copiapó a los 25° de latitud austral, y el despoblado de Atacama que lo separa del Perú; por el S. el río Bío-Bío en la Concepción con otras dilatadas provincias habitadas por los Indios hasta el mismo Cabo de Hornos; al oriente la famosa cordillera llamada comúnmente de los Andes, que lo divide del Virreynato de Buenos Aires, y al occidente el mar del Sur o Pacifico”³⁹. Asimismo, la importancia del comercio e intercambio a través de la cordillera se puede estimar a través de los réditos extraídos del arrendamiento del puente de Aconcagua: “Esto puede bastar para formar una idea del tráfico que hay por este paso, único en el día por donde se comunica el Reyno de Chile con las provincias del Río de la Plata”⁴⁰. En su paso de Santiago de Chile a Mendoza, Haenke realiza observaciones similares de uno como de otro lado: en cuanto al primer punto de referencia celebra la hermosura del valle de Aconcagua y los califica como las tierras “más apreciables del Reyno, tanto por su fertilidad, como porque estando tan inmediatas a la capital logran sus frutos de salida ventajosa”⁴¹. Al llegar a Mendoza, no decrece la descripción ponderativa de la fertilidad, gracias a “las muchas aguas que descienden de la cordillera” (al igual que en la ladera que acaba de dejar). La tierra mendocina es tan fértil “que no merecen nombre de agricultura las labores superficiales con que la [*sic*] arrancan los Mendocinos [*sic*] tantos bienes”⁴².

El siglo XIX

Luego de la acción del programa ilustrado, en el que se inscribe por ejemplo el texto de Haenke, así como también la reforma administrativa de los Borbones, y ya durante el periodo independiente, comienza un proceso de ordenamiento de los

territorios. En el caso de Chile no deja de estar influenciado por el impulso racionalista provenientes de ese último periodo colonial. Quizás por las condiciones geográficas, Chile alcanzó rápidamente una homogeneidad⁴³ que tardó bastante tiempo de alcanzarse en la Argentina, en virtud de la balcanización sufrida y las prolongadas guerras civiles. El proceso de la consolidación, no obstante, resultó complejo en uno y otro país. Resulta interesante volver a destacar la inexistencia de las naciones durante las independencias iberoamericanas. Las naciones, como sostiene Juan Carlos Chiaramonte, son producto y no causa de aquéllas. Así, los proyectos de organización nacional no se fundarían en “sentimientos de identidad sino en pautas contractuales propias del racionalismo ilustrado”⁴⁴. La afirmación de este historiador parece excesiva a la luz de algunos testimonios de los viajeros, especialmente si se toma en cuenta un espacio regional como el aquí tratado. Es cierto que hubo prácticas contractuales como no lo es menos la existencia de verdaderos sentimientos de pertenencia. En cuanto a que las naciones fueron el resultado y no el origen de la independencia se puede comprobar en el relato de Samuel Haigh, hacia 1817, quien habla de “la república de Buenos Aires”, en varias ocasiones⁴⁵, o explica que el nombre de Chile se utiliza para designar tan sólo a Santiago⁴⁶. Sin embargo, en relación con los sentimientos las observaciones del viajero demuestran acabadamente la existencia de los mismos: “El provincialismo es bien marcado, principalmente entre las mujeres. Las porteñas (señoras de Buenos Aires) que viven en Santiago, se mezclan poco con las chilenas y aun en los bailes se agrupan y se miran desdeñosamente”⁴⁷. El observador va mucho más allá cuando se refiere a las relaciones amistosas de Chile: “La mejor cimentada y la más vieja es la que mantiene con Buenos Aires, cuyo especial objeto ha sido extirpar el dominio español. Asegurar que estos países marchen de acuerdo en otros asuntos es muy dudoso, dados los actuales sentimientos que entre ambos existen”⁴⁸. Lo que aparece con claridad es la ambigua designación de los espacios, por un lado, y la presencia de sentimientos de rivalidades, por el otro, ya desde muy temprano en las relaciones

de uno y otro país. Sin embargo, habrá de remarcarse que el “provincialismo” se refiere tanto a Santiago como a Buenos Aires, no a naciones que aún no acaba de constituirse, como tampoco -y lo más relevante- a la región que nos ocupa. Hasta donde hemos visto, el estudio de la estructura de sentimientos entre ambas naciones, que ha llegado, en el peor de los casos, a la xenofobia no se ha detenido en este aspecto, esto es, el papel jugado por Buenos Aires en la formación del sentimiento de rivalidad o rechazo. Más bien se ha centrado en el estudio de los mapas, en especial, a partir de los años 1850, en el que aproximadamente comienza el duro debate sobre límites⁴⁹. Dejamos planteado como una perspectiva futura el interrogante de que si dicha estructura de sentimientos no tendría su origen en la competencia entre dos sedes administrativas de la Colonia: Santiago y Buenos Aires y luego extendida por medio de los sistemas estatales.

Durante esta primera parte del siglo XIX, entre el 9 de enero hasta el 7 de febrero de 1817 se produce el cruce de las cumbres de los Andes por seis puntos diferentes, desde la provincia de La Rioja hasta el sur mendocino. En el transcurso de las guerras de la independencia, pues, la cordillera significó el escenario en el que se libraba la batalla por las libertades continentales. Pero también resultó teatro extremadamente accidentado que contribuyó al enaltecimiento del hecho bélico hasta convertirlo en hazaña. Veamos los testimonios de la época: “El 17 de enero de 1817, el ejército patriota salió distribuido en tres divisiones a realizar una *tarea a que la Naturaleza parecía oponer los más formidables obstáculos*”⁵⁰. Esta consideración se complementa con la comparación histórica: San Martín es llamado el “Aníbal de los Andes”⁵¹ o su travesía estimada a través de la de Napoleón⁵². De esa fuente heroica ha abrevado el pacto fundacional de las nacionalidades hispanoamericanas, es decir, forjadas en la bravura de sus hombres de armas. El culto a San Martín y a O’Higgins nos debería eximir de mayores comentarios. Con todo, el paso de los Andes desde el siglo pasado se convierte en un hecho canónico por excelencia. Tres fuentes textuales, entre otras, contribuyen a ello: los relatos del paso de los Andes de

Gerónimo Espejo, la historia de Bartolomé Mitre y la biografía-hagiografía de Ricardo Rojas⁵³. A través del monumento, la literatura y las artes plásticas, como lo demuestra Elena Duplancic, se lleva a cabo la canonización de San Martín⁵⁴. En todos los casos, el punto de referencia obligado es la cordillera de los Andes. A sugerencia de Sarmiento, la estatua ecuestre de San Martín debía señalar hacia el oeste, es decir, hacia los Andes. Un viajero argentino que arriba a Mendoza, hacia los años 1940, todavía rinde tributo a la canonización de la hazaña, a través de ciertos tópicos:

Con el fervor y la inquietud con que los *peregrinos* antiguos marchaban camino de Jerusalén, así partimos rumbo a Mendoza, tierra de siembra y de epopeya. No se concibe otro estado de alma, otra noble ansiedad en el espíritu de quienes se dirijan a la provincia andina, en cuyo solar, en cuyo ámbito se originó uno de los sucesos de mayores *dimensiones heroicas y morales de la historia del mundo*: el paso de los Andes y la gesta del Pacífico. Más adelante se pregunta: ¿Y los Andes, que ahí, con gesto ceñudo y eminente cierran el horizonte? Pues, los Andes – domeñados por el genio militar de San Martín- fueron, antes que la *muralla invencible*, el *estribo formidable* para que el héroe montara en su caballo de pelea⁵⁵.

En una segunda mitad del XIX, durante el proceso de formación de las nacionalidades hispanoamericanas, la frontera significó el establecimiento de un límite político, el de la soberanía del estado, para construir desde allí la identidad social de la nación. Así, la cordillera de los Andes, que había sido un espacio articulador de relaciones sociales, abierta para la circulación de bienes y de personas, comenzó a aparecer como el referente natural del límite de Chile y Argentina. Los Andes fueron vistos como una barrera, casi una defensa y muro protector. Había cambiado la percepción. El cruce de la cordillera de los Andes implicaba el paso a otro país. Su extranjería era equivalente a la de cualquier otra nación del mundo. Mediante esa operación de

cruce era factible construir una identidad, inventando la escisión entre una y otra nacionalidad⁵⁶. Con la constitución de los Estados Nacionales, la cordillera se convertirá en un “recurso” burocrático de primer orden: se había implantado con fuerza una línea limítrofe a lo largo de su extensión. Esta matriz puede reconocerse en la base de los conflictos limítrofes y los conatos de guerra que existieron en el siglo XX (a principios de siglo y hacia finales de los ‘70). La noción de muro, sin embargo, comenzó a debilitarse con la llegada del Ferrocarril Trasandino. En general, puede decirse que el trazado de los ferrocarriles incide en la configuración de los espacios y las orientaciones que se tienen de los mismos. La percepción se ordena, en ocasiones, de acuerdo a las líneas que diagrama en los mapas, alentando o desalentando regiones enteras. El trazado de los ferrocarriles argentinos por los ingleses es una muestra acabada de lo que decimos⁵⁷. A su vez en Chile, el ferrocarril dentro del proyecto modernizador de la segunda mitad del s. XIX, contribuyó a forjar la percepción vertical del territorio, en una marcada orientación norte-sur, en la que se ampliaron las fronteras productivas. Ello vino a alterar la visión horizontal del territorio existente, en un sentido este-oeste⁵⁸. Hacia fines de 1884 con la llegada de la primera locomotora, para Mendoza, y Cuyo en general, “significó la incorporación definitiva al litoral atlántico⁵⁹. En ambos casos se refuerza, de tal manera, la percepción de la cordillera como una muralla, a partir de la cual se trazan nuevas orientaciones.

Ahora bien, pese a lo expuesto precedentemente, la instauración burocrático-estatal de la frontera no destruyó la noción de refugio, ya que se trata de una idea que se remonta al Pacto Fundacional de Mendoza. De acuerdo con Alejandro Paredes, dicho pacto consistiría en haber tenido un nacimiento como lugar de resguardo para los españoles que no podían trasponer las fronteras impuestas, más allá del Bío-Bío, por los mapuches. Desde sus inicios “esta ciudad fue pensada con relación a la capital chilena, como lugar de *refugio* de los santiaguinos, protegido por las montañas”⁶⁰. La idea de contención se expresa como refugio para el perseguido, pues se

supone que hasta allí no llegará el brazo del represor o perseguidor. Esta circunstancia persiste durante los siglos XIX y XX. Ya sea por la llegada de patriotas chilenos en 1816, cuando Santiago cae nuevamente en poder español (Paredes calcula que llegaron más de 3000 sobre una población mendocina que no superaba los 5000 habitantes). Vale recordar un apreciación de la época: (después de Cancha Rayada) “En medio de tan dolorosa incertidumbre, todos los patriotas de cierta fortuna o importancia política, comenzaron a prepararse para atravesar los Andes llevándose vajillas y valores.[...] el número de los que huyeron a Mendoza fue grande [...]”⁶¹. También el alcance de esta perspectiva puede cotejarse en un sentido inverso: la inmigración política argentina refugiada en Santiago, durante los tiempos de Juan Manuel de Rosas (finales de 1830 hasta 1852)⁶². A modo ilustrativo recordemos algunos de los periódicos que los emigrados fundaron en Chile: Sarmiento fundó el *Nacional* (1841), *El Progreso* (1842) con Vicente Fidel López, *La Crónica* (1849), *Sud América* (1852); Mitre, por su parte, redactó *El Comercio* (1847), *El Mercurio* (1848) y *El Progreso* (1849); Vicente Fidel López: *El Herald* y *El Progreso* (Santiago); *El Comercio* y *La Gaceta* (Valparaíso)⁶³. A esta inmigración política del siglo XIX debe adicionarse la correspondiente, principalmente, a la década de los años '70 del siglo pasado, pero en orientación opuesta. En efecto, más de cien mil chilenos emigraron hacia Mendoza, luego del golpe militar de setiembre de 1973.

Sarmiento, volviendo a la emigración política de la primera mitad del s. XIX, se valió de la cordillera, como una manera rotunda de marcar diferencias, por cuanto la libertad existía hacia uno de los lados de la misma, es decir en Chile, y había sido perdida hacia el otro, Buenos Aires. La inscripción de la célebre frase sobre la imposibilidad de matar las ideas, para él, “Significaba, simplemente que venía a Chile, donde la libertad brillaba aún, y que me proponía hacer proyectar los rayos de las luces de su prensa hasta el otro lado de los Andes”⁶⁴. La cordillera “frena” la barbarie y permite la tranquilidad del refugio para la contienda en el plano de las ideas.

La mirada integradora

Los procesos macroestructurales de las fronteras han sido objeto de indagaciones y renovados enfoques, sin embargo hay un nivel más modesto, si se quiere, en dimensiones pero de inapreciable valor para comprender los cambios de larga duración. Nos referimos a las alteraciones de percepción en ámbitos más reducidos y circunscrito a ciertos actores. Ya en el siglo XX podemos optimizar nuestra visión de tales procesos a través del arte. Hace tiempo, Luis Alberto Sánchez planteó que el paisaje o la naturaleza, además de la valoración histórica y social, debía tenerse en cuenta en una triple función estética, a saber: 1) como escenario en el cual ocurren ciertos hechos; 2) como actor que determina ciertos acontecimientos; 3) como acontecimiento en sí⁶⁵. La relevancia adquirida por el espacio para algunas promociones de escritores latinoamericanos es el resultado de un cotejo entre naturaleza y cultura. La comparación, por supuesto, incluye a Europa y América Latina: (a esta última) “A falta de Historia, la Naturaleza, que es la más vieja de las historias, le confirió su dignidad”⁶⁶. En tal sentido, hemos tomado dos puntos de referencia: *Mis montañas* de Joaquín V. González (hacia finales del siglo XIX) y Gabriela Mistral, puesto que nos interesan las variaciones que introduce en las dimensiones del espacio y su relación con la cultura y el arte. Con González, la montaña se eleva casi a la altura del símbolo, ha sido desprovista de sus facetas más históricas y se ha extraído de ella su cariz más mítico, más acendradamente estético. En *Mis montañas*, el posesivo le confiere el valor autobiográfico que hacen de la cordillera un lugar de relatos, es decir, la montaña es en tanto puede ser referida como relato, costumbres, cuadros familiares, escenas laborales, refinado lamento amoroso, etc. La montaña es lo que puede decirse de ella, casi como en un proceso de reinvención de sus formas. De ahí que fuera acertada la remisión de Rafael Obligado, una de las primeras lecturas hechas a esta obra, a *La Cautiva* de Echeverría. “La propiedad artística –le escribe Obligado– de la cordillera argentina pertenece a usted de hoy para siempre, como

la de la llanura al poeta de *La Cautiva*⁶⁷. Echeverría echa las bases de una interpretación de la pampa como un mar inconmensurable.

Pero es quizás con el texto del escritor riojano -y otros similares- que se inaugura una corriente de simpatía hacia el terruño y la propensión a darle vida por medio de la escritura. Veamos algunos casos sin mucho orden. Uno de los más conocidos es el de Ezequiel Martínez Estrada y su *Radiografía de la Pampa*, le siguen el colombiano López de Mesa y su *Relato lírico de Colombia*, Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía*, Agustín Edwards, *Mi Tierra. Panorama, reminiscencias, escritores y folklore*, J.A. Osorio Lizarazo, *Colombia. Donde los Andes se disuelven*, Luis Valcárcel, *Ruta cultural del Perú*, Fernando Ortiz, *El huracán. Su mitología y sus símbolos*. Estos títulos aparecen entre las décadas de 1920-1950, aproximadamente, y ponen de manifiesto no sólo un interés por las culturas y sus relaciones territoriales y nacionales, sino también un movimiento editorial muy importante a lo largo de América Latina, como el caso de la colección *Tierra Firme* de Fondo de Cultura Económica (México), la colección *América Nuestra* de la Editorial Universitaria (Chile) o los *Cuadernos Americanos* (México), que se interesa por tales temas⁶⁸.

Muchos de los interrogantes que se formulan estos escritores se condensan en la pregunta mayor sobre la identidad. Parecieran, como así lo plantean algunos, descubrir un desajuste entre los mapas políticos y los culturales que los inquieta. “¿Qué realidades -se pregunta Subercaseaux- puede suministrarlos el mapa? ¿Qué nos descubren esas manchas oscuras [sic] de los montes? ¿Qué hemos aprendido en este difícil arte de conocer lo que no se ha visto?”. La respuesta es rotunda: “Nada, o bien poca cosa”⁶⁹. Puesto que los mapas callan lo que los escritores pueden (y hasta deben) transmitir, esto es, “las sensaciones”⁷⁰. La indagación de Subercaseaux establece sin ambages la relación entre el espacio y el carácter del chileno: “Con Santiago termina esa ‘otra cosa’ que es el Norte” y comienza “el Sur”. En Santiago termina “la zona heroica y franca, para dar paso a la falsa

sumisión de inquilino”⁷¹. La tesis identitaria de Subercaseaux está sintetizada de este modo: “Es precisamente el contrapeso psicológico de las dos mitades, unido a los factores secundarios y regionales, los que determinan *el chileno*, ese ser extraordinario que finge olvidar su propio ‘yo’, simulando cualquier otro cuando lo acosa la mirada de su propia ironía o el temor desmedido al ‘qué dirán’ de los demás. Este tercer tipo está representado por el *santiaguino*”⁷². Para que no queden dudas de que la percepción de la cordillera como muro, anotemos que nuestro autor la llama “la gran Muralla Nevada”⁷³. Las mayúsculas y el superlativo remiten a la muralla china, que por la extensión y el sentido demarcatorio sirven de punto estimativo del cordón andino. Precisamente porque tal matriz perceptiva está vigente, en un balance proyectivo que realiza, Subercaseaux propone la abolición de las aduanas, gracias a lo cual dejarían de sufrir que “dos países unidos por su lengua, su raza y sus tradiciones, conserven esas barreras absurdas que nos hacen pequeños y miserables, cuando de hecho somos y deberíamos ser siempre una misma y poderosa entidad en esta parte sur de la América”⁷⁴.

Por su parte, para Mistral, ya situada en otro registro, la región constituye un orden intermedio entre el nacionalismo y el hispanoamericanismo. Hemos intentado despejar, en otro lugar, un posible conjunto de razones que habrían motivado el interés por la tierra, la posesión del territorio y el problema agrario en la prosa mistraliana⁷⁵. En esta ocasión, intentaremos poner a funcionar la serie de hipótesis explicativas, ya elaboradas, en la configuración de la poética de la escritora chilena, en la que el regionalismo ocupa un lugar central⁷⁶. El territorio, ante todo, es relato, como lo demuestra el hecho de que cada región posee sus cuentos tradicionales, su memoria viva que se reanima en el relato oral alrededor de fuego del hogar o bajo el olmo de la casa. El territorio implica, además, memoria larga, tal como lo indican los topónimos en el papel de puntos de referencia que cumplen. En el artículo, “Sarmiento en Aconcagua”, aparecido en *La Nación* (Buenos Aires, 1930), recuerda Mistral:

Yo me he dormido de niña en el valle de Elqui oyendo a huasos y a cuyanos trocar sucedidos fabulosos de la cordillera, mientras circulaba el mate terriblemente común, y sus caras se me confunden en el recuerdo. [...] Aquellas provincias eran una lonja criolla muy ceñida y muy donosa en la América, sin ninguna extranjerías aún, y Martín Fierro podía hallar una buena guitarra del lado nuestro y escuchadores como los suyos, engolosinados con la tonada que cae y se endereza lo mismo que el lazo⁷⁷.

La subordinación a la ruralidad en Mistral se manifiesta no sólo en un nivel primario de posesión del territorio, como vemos, sino en un rechazo a los valores simbólicos de la modernidad. Estos últimos han promovido una sobrevaloración de la urbe, un énfasis en la fuerza económica del industrialismo y la clase social relacionada, esto es, el proletariado. La estimación de estos valores como vías para el cambio está severamente menguada en la escritora chilena⁷⁸. El territorio es más que un entorno, puesto que en él está contenida la historia de los hombres que lo han hecho y lo habitan. Es en este enclave en el que la región y el regionalismo adquieren una significación intermedia entre la nacionalidad y la supranacionalidad, como una dimensión más cercana al proceso de identificación por medio de la memoria. Escribe Mistral:

Las cosas han cambiado bastante y se me ocurre que vamos separándonos a medida que recibimos inmigración, que quien nos ataja el trozo de la costumbre mudándonos en extraños, es el de afuera con todo lo que ha traído consigo. El mendocino que ya no tiene de común con el sanfelipeño sino el mirar viñedo unánime y cerros centauros: durmiendo en la misma cama de paisaje nos hemos arreglado para parecernos más. El hispanoamericanismo, cosa de nuestra generación, quiere acomodar lo averiado y crearnos otro orden cordial; pero para mí que la cosa perdida que es la costumbre igual en los valles de los Andes, ésa sí era la cara de la fraternidad⁷⁹.

En el cañamazo de esta firme convicción sobre la trascendencia del lugar como constitutivo básico de la identidad, se va tejiendo el problema arquetípico del recelo hacia el Otro, lo extraño o lo extranjero y facilita el entendimiento de la idea de regionalismo que propone la escritora chilena. En ella, se produce la flexión identitaria, al poner en alta estima el tipo de organización social del espacio rural. Hacia el interior del territorio nace la idea del asilo o refugio, mientras que hacia fuera, el territorio puede estar acechado por el peligro. El espacio propio se conforma, por un lado, mediante su legítima posesión y, por otro, a través de un sentimiento acotado, lo que la chilena llama “emoción regional”. Sin ella, argumenta, no hay patriotismo. La corriente hispanoamericanista en la que Mistral actuó, por inmensa, lejana y abstracta la convence, podría decirse, como estrategia ideal de hombres superiores. Sin embargo, el “hombre medio”, dirá, tiene en la región, la patria. Es probable que aquella definición geocultural que Rodolfo Kusch elaboró para la región, esto es, “unidad estructural que apelmaza lo geográfico con lo cultural”, sea la que mejor se ajusta al interés de la escritora chilena. Y por añadidura nos facilita comprender el carácter mediador que Mistral le otorga a la región entre el nacionalismo y la nacionalidad superior hispanoamericana.

Así las cosas, podemos proponer algunas conclusiones. Hemos indicado que la Cordillera de los Andes, como espacio social de frontera, está signada por tres momentos, con sus respectivas figuras emblemáticas. Se trata de algunas particulares percepciones sobre la cadena montañosa: 1. la colonia, 2. el siglo XIX, subdivido en dos instancias: el periodo de la independencia (primera mitad del siglo XIX) y la formación de las nacionalidades, 3. el siglo XX, con dos corrientes: una que refuerza la idea de la división y otra que procura el entendimiento cordial y amistoso (en general, la primera corriente se liga a los aparatos estatales y la segunda a la cultura). Estos tres momentos tienen algunas figuras emblemáticas que actúan en ese espacio: la figura del arriero, en tiempos del comercio colonial, la figura del guerrero, en tiempos

de la independencia, la figura del exiliado en tiempos de graves conflictos políticos. Las estructuras matriciales que funcionan en la percepción cordillerana son: espacio social de contacto, escenario de hazañas, muro divisorio, hermandad por la región (valles al pie de la cordillera). De los tres sectores cordilleranos, el del centro es el que más riqueza histórica, geográfica y cultural posee. El inventario de tal variedad permite apreciar esta confluencia como un verdadero *nudo*, a partir del cual se han producido relevantes resultados integracionistas. Dicha naturaleza histórico-geográfica permanece activa y, por lo tanto, consiente atisbos de nuevas proyecciones y perspectivas.

En efecto, estaríamos en condiciones de proponer un cuarto momento, que se caracteriza por el hecho de que un corredor Biocénico conecta los valles al pie de la Cordillera, con nuevos sentidos. Ello conlleva grandes ventajas. En el caso mendocino, puesto que se recupera la noción oriental de la comprensión global del mundo. ¿Qué significa esto? Después de la creación del Virreinato del Río de la Plata comienza un largo proceso de reacomodamiento económico y cultural de la región cuyana en relación con el puerto de Buenos Aires. Tal referencia contribuyó a la generación de una imagen del mundo en la que el Oriente contaba poco o nada. La histórica relación comercial de los países latinoamericanos con Europa fijó los límites del intercambio económico de la Argentina con otros países de la región suramericana. Si a ello se le suma la presencia maciza del cordón andino, convertido en sólida delimitación natural, allende lo cual nuestro interés fenecía, la consecuencia no fue otra que la pérdida de nuestra visión del Oriente como fuente de comercialización, sobre todo. Algo similar, aunque en dimensiones y sentidos diferentes, le ocurrió a los europeos cuando el poderío musulmán bloqueó las rutas de las especias. Esa dificultad obligó a abrir nuevas rutas y descubrir al cabo un Nuevo Continente. Sin que tenga semejante significación estamos asistiendo a cambios perceptivos que actúan en el redescubrimiento mendocino del Oriente, a través de los puertos chilenos. Hemos cambiado nuestro horizonte trasatlántico por uno biocénico.

A través del comercio con el sudeste asiático, el Pacífico ha entrado en una etapa de revalorización estratégica y esta novedad es reciente, producto de la fuerza económica que impulsa la integración regional. Pero también del cambio operado en nuestra percepción del macizo cordillerano, que dejó de ser muro para volverse portal. En suma, red social de comercio durante la colonia, campo de batalla y escenario de glorias guerreras durante la independencia, muro protector y generador de ignorancias mutuas, refugio de exiliados y ahora portal al Oriente son algunas de las posibles categorías matriciales que he tenido la montaña para los mendocinos. A excepción de la noción de portal, el resto de las matrices valen, con matices, también para los chilenos.

NOTAS

¹ Eduardo Cavieres. "Espacios fronterizos, identificaciones nacionales y vida local. Reflexiones en torno a estudios de casos en la frontera argentino-chilena. La revalorización de la historia". En: Susana Bandieri (coord.). *Cruzando la Cordillera... La frontera argentino-chilena como espacio social*. Neuquén, Centro de Estudios de Historia Regional, Universidad del Comahue, 2001, p. 19.

² María Eugenia Cepparo de Grosso, Rosario Vargas. "Los centros de alta montaña y los ejes de penetración a Chile. Un proceso de desarrollo contradictorio". En: *Revista de Estudios Regionales*. N° 17, 1997, pp.137-171.

³ Gabriela Mistral. *Escritos políticos*. Selección, prólogo y notas de Jaime Quezada. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 208.

⁴ Francis Bond Head. *Las Pampas y los Andes. Notas de viaje*. Traducción y prólogo de Carlos A. Aldao. Buenos Aires, Baccaro, 1920, p. 62.

⁵ Que la atribución de obstáculo dado al macizo andino para la relación con el "afuera" no es solamente un prejuicio extranjero puede

constatarse con la descripción de Mendoza hecha por Arturo Roig: “Fue un aislado rincón, separado de Santiago de Chile por el macizo más alto de la Cordillera de los Andes en toda su extensión, desde Alaska hasta Tierra del Fuego y de Buenos Aires, por los mil kilómetros de serranías y de pampas del interior argentino, a lo largo de la frontera con la población indígena pampeana y patagónica. A comienzos del siglo XIX por obra de las guerras de la Independencia le tocó jugar un papel continental por primera vez en su hasta entonces oscura historia. [...]” Roig, Arturo Andrés. “Apuntaciones sobre el despertar literario de Mendoza. Acompañadas de la historia de tres textos.” En: *Piedra y Canto. Revista del CELIM*. N° 2, 1994, p. 41.

⁶ No hay que atribuir solamente a un prejuicio europeo la imputación de pereza a la forma de vida mendocina, el poeta regional Alfredo Bufano escribía refiriéndose al mendocino: “La pereza es lo mejor de su vida. Acaso el dulcísimo clima tenga la culpa.” Alfredo Bufano. *Aconcagua*. Buenos Aires, Cooperativa Editorial Limitada, 1926, p. 156.

⁷ Samuel Haigh, Alejandro Caldclough, Max Radiguet. *Viajeros en Chile 1817-1847*. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1955, p. 35.

⁸ No hubo nación más aventajada que Inglaterra en materia de viajes, ya que dominaba el mar y necesitaba además ampliar sus espacios comerciales. Las vías para lograrlo podían ser o la conquista territorial (como los intentos de 1806 y 1807 en Buenos Aires) o a través de los viajeros, que ofrecían información valiosa sobre las tierras recién liberadas del dominio español y nuevas para operaciones de comercio. “El nacimiento de las nuevas repúblicas americanas entusiasmó a comerciantes e industriales de Inglaterra que empezaron a enviar agentes para conocer sus posibles mercados. Al término de las guerras napoleónicas, el interés por América se hizo más vivo, en particular con la esperanza de explotar minas que se creía eran abundantes y provechosas. Rápidamente se formaron compañías mineras con aportes de capitalistas y de gente modesta. Fueron despachados negociadores de concesiones de minas y con ellos y tras de ellos, se embarcaron ingenieros, mineros y maquinarias. El resultado fue el fracaso”. Edmundo Correas. “Mendoza a través de viajeros”. En: *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. Segunda época, n° 7, 1972, p. 584.

⁹ Mary Louise Pratt. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Trad. Ofelia Castillo. Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 1997, p. 260.

¹⁰ México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

¹¹ Véase Igor Orzhitsiy. "El geo-logos de los países andinos: la geografía en la literatura". En *Cuadernos Americanos*. N° 91, 2002, pp. 99-104.

¹² F. Paul-Levy y M. Segaud. *Anthropologie de l'espace*. Paris, Pompidou, 1983; Andrzej Dembicz (coord.). *El Lugar y el Espacio en la Tradición de las Culturas Latinoamericanas*. Sweden, Instituto of Latin American Studies, Stockholm University, 1995; Paul Zumthor. *La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media*. Trad. Alicia Martorell. Madrid, Cátedra, 1993.

¹³ Cf. Pablo Lacoste. *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

¹⁴ "Cuando en nuestras relaciones argentino-chilenas aparece la imagen de la Cordillera de los Andes como una frontera natural separadora de sendas alteridades sociales, culturales, económicas y de esencias nacionales, debe recordarse que sea imagen fue una construcción articulada y generalizada por los mismos Estados nacionales. Se trata de una imagen esencial en el desarrollo de las identificaciones nacionales a uno y otro lado de los Andes. De hecho, en el caso de Chile ésta es una imagen muy reforzada en términos de la supuesta formación del carácter chileno: introvertido, telúrico, fuerte hacia adentro, solidario al interior de su espacio preparado para hacer frente a toda dificultad que deba enfrentar." Eduardo Cavieres. *Op. cit.*, p. 21.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 21-22.

¹⁶ La interesante observación ha sido realizada por Martín Kohan. "Al otro lado de los Andes. La identidad argentina y la otredad chilena". En: *Tramas, para leer la literatura argentina*. N° 6, 1997, p.105.

¹⁷ Dos excelentes trabajos de investigación pueden servir de ejemplo: Álvaro Fernández Bravo. *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en la culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana - Universidad de San Andrés, 1994. Jens

Andermann. *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario, Beatriz Viterbo, 2000.

¹⁸ No podemos de dejar de reconocer, con todo, los trabajos realizados desde el Centro de Estudios de Literatura de Mendoza (Universidad Nacional de Cuyo), especialmente los de Gustavo Zonana. Nos referimos a “La representación literaria del paisaje en *Aconcagua* (1926), de Alfredo R. Bufano”. En: Gloria Videla de Rivero. *Literatura de Mendoza. Espacio, historia y sociedad*. T. I, Mendoza, Editorial FFyL, 2000, pp. 197-232 y “Puente del Inca como paisaje”, *ibidem*, pp.233-265. Hemos tomado de este último trabajo el corpus textual sobre la imagen paisajística de una formación geológica, como el Puente del Inca, ya que por extensión dichas obras proveen elementos para el estudio de la percepción cordillerana.

¹⁹ Donald Lowe. *Historia de la percepción burguesa*. Trad. Juan José Utrilla. México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 11.

²⁰ *Ibid.*, p. 40.

²¹ *Ibid.*, p. 44.

²² Horacio Capel. “Ingenieros y arquitectos de la ilustración en España y América”. Suplementos *Anthropos*. N° 43, 1993.

²³ Thaddaeus Peregrinus Haenke. *Descripción del Reyno de Chile*. Introducción de Agustín Edwards M. C. Santiago de Chile, Editorial Nacimiento, 1942. Para el tema de la expedición puede consultarse: J. Vericat. “A la búsqueda de la ‘felicidad’ perdida. La Expedición Malaspina o la interrogación sociológica del imperio”. *Revista de Indias*. 1987, vol. 47, pp. 559-617.

²⁴ Milton Santos. *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona, Ariel, 2000, p. 91.

²⁵ Al respecto puede consultarse el trabajo de Mónica María Cortellezzi que es un resumen de su tesis doctoral. Desde nuestro punto de vista su utilidad radica en el trabajo metodológico a partir del cual llega a extraer las conclusiones. Su trabajo se orienta más no sólo a los textos impresos sino también, y principalmente, a las entrevistas. En nuestro caso, hemos dado prioridad a los textos impresos. El artículo en cuestión: “La

percepción de la ciudad de San Rafael, Mendoza (Argentina) y la fundamentación de la imagen colectiva”. En: *Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales*. Universidad de Barcelona, vol. VIII, nº 446, 15 de mayo de 2003.

²⁶ Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

²⁷ Eduardo Cavieres. *Op. cit.*, p.15.

²⁸ Héctor Pérez Brignolo. “Transformaciones del espacio centroamericano”. En: Marcello Carmignani y otros (coord.). *Para una historia de América II. Los nudos (1)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

²⁹ Las fases de significación podrían ser las siguientes: 1) la fase inicial y milenaria permanece intacta, ya que el istmo es tan sólo un accidente geográfico sin interés estratégico alguno; 2) la irrupción europea y la racionalidad mercantilista le asignan un valor hasta entonces desconocido (Vasco Núñez de Balboa, en 1513, descubre el Mar del Sur). Interés del imperio de turno; 3) ya a fines del siglo XIX y principios del XX, la construcción del canal de Panamá le incorpora un valor y función definitivos. El interés de otro imperio: Estados Unidos (se inicia la lucha por la autonomía del canal).

³⁰ López de Gómara. *Historia general de Indias*. Barcelona, Editorial Iberia, 1954, p. 106.

³¹ Vicuña Mackenna, Benjamín. *A través de los Andes. Estudio sobre la mejor ubicación del futuro ferrocarril interoceánico entre el Atlántico i el Pacífico en la América del Sur*. Santiago, Imprenta Gutenberg, 1885, p. VII.

³² H. Pérez Brignolo. *Op. cit.*, p. 56.

³³ Nos estamos refiriendo a su recorrido de noroeste -sureste por más de 2000 Km., con anchuras de 1000 Km. entre las costas de Guatemala y las de la península de Yucatán, reducidas a 80 Km. en Panamá.

³⁴ En el prólogo al libro que publica el trabajo de Pérez Brignolo, se afirma: “No se trata, como se ha hecho en el pasado, de introducir un tema a través de una presentación geográfica, sino subrayar el significado -no determinante pero sí condicionante- de la geografía en los actos de los hombres. En efecto, el espacio fragmenta y unifica la actividad humana y, en consecuencia, nos ofrece referente para comprender la pluralidad del quehacer histórico sin caer en la trampa de identificarlo como el principio rector de la acción”. *Ibid.*, p. 10.

³⁵ *Ibid.*, p. 92.

³⁶ Benjamín Vicuña Mackenna. *Op. cit.*, pp. 30-31.

³⁷ Pablo Lacoste. “El arriero: sujeto histórico criollo del cono sur”. En: Claudio Maíz (comp.). *La memoria. Conflicto y perspectiva de un objeto múltiple*. Mendoza, Editorial Facultad Filosofía y Letras, 2003, p. 82. Puede citarse al respecto la anécdota entre un arriero y un viajero inglés, contada por éste último: “Había una especie de emulación entre él y yo. Cuando él *nombraba a la cordillera era siempre con énfasis y evidentemente con el deseo de que la palabra produjera una gran impresión sobre nosotros*; y yo (trataba de) disminuir su cordillera y hacerle suponer que sus montañas no podían excitar sorpresa a uno que había visto y cruzado algunas partes de los Alpes”. Meter Schmidmeyer. *Viaje a Chile a través de los Andes*. Buenos Aires, Claridad, 1947, p. 213. Las cursivas son nuestras.

³⁸ Haenke. *Op. cit.*, p. 116.

³⁹ *Ibid.*, p. 119.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 263.

⁴¹ *Ibid.*, p. 261.

⁴² *Ibid.*, p. 276.

⁴³ Un viajero de 1817 reafirma esta observación: “Después de Perú y de Colombia, Chile logrará su sitio en Sudamérica, y por la homogeneidad y seguridad de sus fronteras, será bastante fuerte para mantener su soberanía sin dificultad, en caso de ataque, a pesar de su escasa población.” Samuel Haigh. *Op. cit.*, p. 175.

⁴⁴ Juan Carlos Chiaramonte. "Cuando la Nación no tenía mapa". Conferencia pronunciada durante los "Debates de Mayo: a cinco años del Bicentenario. Nación, cultura y política", organizados por la Secretaría de Cultura de la Nación, mayo 2005. Reproducida en: *Revista de Cultura* Ñ. N° 86, 21 de mayo de 2005, pp. 34-35. En esta conferencia, Chiaramonte retoma algunos temas de su trabajo *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana*.

⁴⁵ Samuel Haigh. *Op. cit.*, p. 36 y 38.

⁴⁶ *Ibid.*, p.23.

⁴⁷ *Ibid.*, p.162.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 175.

⁴⁹ Es el caso del documentado trabajo de Pablo Lacoste. *La imagen del otro*. Ed. cit.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 24. *Cursivas nuestras*.

⁵¹ *Ibid.*, p. 28.

⁵² *Ibid.*, p. 118.

⁵³ Gerónimo Espejo. *El paso de los Andes. Crónica histórica de las operaciones del ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817*. Buenos Aires, La Facultad, 1916. Bartolomé Mitre. *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Buenos Aires, Anaconda, 1950. (Primera edición, Buenos Aires, La Nación, 1888); Ricardo Rojas. *El santo de la espada. Vida de San Martín*. Buenos Aires, Eudeba, 1970.

⁵⁴ Elena Duplancic. "El paso de los Andes: su canonización". En: *Piedra y Canto. Cuadernos del CELIM*. N° 7-8, 2001-2002, pp. 89-105.

⁵⁵ César Carrizo. *Rapsodia viajera. Almas y cosas, imágenes y voces de tierras argentinas*. Buenos Aires, Editor Carlos J. Marchi, 1944, p. 256 y 257. *Cursivas nuestras*.

⁵⁶ Martín Kohan. *Op. cit.*

⁵⁷ En un estudio sobre las redes camineras, Huertas señala la batalla de Pavón, es decir, hacia la década de 1860 como el fin de la tendencia

integradora de la economía argentina, en virtud de las nuevas políticas de desarrollo, en las que el ferrocarril juega un papel muy importante, ya que adquirió “su conocida orientación hacia la pampa húmeda, con centro en el puerto de Buenos Aires”. Marta María Huertas. “La red caminera en la época de la Confederación Argentina. Un ejemplo de conectividad e integración.” En: *Revista de Estudios Regionales*. N° 29, 1998, p. 136.

⁵⁸ “Visto así, la percepción sobre el territorio en Chile, es posible dividirla en dos grandes momentos. Uno que se inicia en la Colonia y que tiene su ‘límite’ hacia 1850, momento en que el proyecto oligárquico comienza a ‘madurar’ y a ‘tomar forma’. Hacia 1850, proyectos como el ferrocarril, los caminos, correos, telégrafos, el reconocimiento de nuevos territorios y la ampliación de las fronteras productivas comienzan a desarrollarse, consolidando un dominio y sentido del espacio por parte del Estado. En forma paralela se fue estructurando hacia 1850 una ‘idea’ de nación bien delineada, un sentido de país, cuyo marco estuvo dado, junto a la influencia de una filosofía ilustrada vinculada fuertemente a conceptos como ‘libertad’, ‘optimismo’, ‘historia’, entre otros; al progreso material en obras portuarias, caminos e infraestructura en general, lo que sumado a la incorporación de una serie de riquezas naturales al comercio nacional, aportó sustancialmente a la certeza de una sociedad que marchaba rápidamente rumbo a la felicidad de los individuos y del país del cual se era parte”. Andrés Núñez. “La invención del territorio” consultado en: <http://www.dibam.cl/patrimonio_ruralistas/art_invencion.htm> (julio de 2005).

⁵⁹ Arturo Roig. *Op. cit.*, p. 41.

⁶⁰ Alejandro Paredes. “Religión y exilio chileno. El discurso del Comité Ecuménico de Acción Social. Mendoza 1973-1989”. Trabajo de investigación del Proyecto sobre Redes Intelectuales en América latina. CONICET (inédito).

⁶¹ S. Haigh. *Op. cit.*, p. 59.

⁶² Esta inmigración recaló en tres sedes diferentes: Bolivia, Chile y Uruguay. Se ubicaron en Montevideo: Miguel Cané, Esteban Echeverría, José Mármol, Bartolomé Mitre (quien pasó a Bolivia en 1845 y a Chile en 1847) y José Rivera Indarte. A Chile fueron: Juan Bautista Alberdi, Juan

María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Domingo Faustino Sarmiento. A Bolivia: Pedro Echagüe, Juan Ignacio Gorriti, Félix Frías, Benjamín Villafañe.

⁶³ Boyd Carter. *Las revistas literarias de Hispanoamérica*. México, Ediciones de Andrea, 1959.

⁶⁴ Domingo Faustino Sarmiento. *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas*. Buenos Aires, CEAL, 1979, p. 6.

⁶⁵ Luis Alberto Sánchez. "El paisaje en la Literatura Americana, elemento desconocido aunque dominante". En: *Revista Iberoamericana*. N° 4, noviembre 1940, p. 399.

⁶⁶ Benjamín Subercaseaux. *Chile o una loca geografía*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1954, p. 142.

⁶⁷ Joaquín V. González. *Mis Montañas*. Prólogo de Rafael Obligado. Buenos Aires, Ediciones Jackson, p XIX.

⁶⁸ Jorge Myers. "Los senderos de la 'utopía de América': tres itinerarios y una encrucijada en la construcción de una formación cultural transregional" (Inédito).

⁶⁹ Benjamín Subercaseaux. *Op. cit.*, p. 75.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 76.

⁷¹ *Ibid.*, p. 137. Cursivas originales.

⁷² *Ibid.*, p. 138.

⁷³ *Ibid.*, p. 140.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 232.

⁷⁵ Claudio Maíz. "Naturaleza, espacio y campo. Una nueva mirada a tópicos mistralianos". *Taller de Letras. Revista del Instituto de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile*. N° 31, 2002.

⁷⁶ Antes que nada sería conveniente aclarar que las nociones de región, nacionalismo e hispanoamericanismo no deben verse como enfrentadas entre sí. No hay antagonismo entre ellas, por lo menos en lo que respecta a la prosa mistraliana, sino que la relación que articula estos

conceptos es de graduación y alcance. Existe, pues, complementariedad y no oposición.

⁷⁷ Gabriela Mistral. "Sarmiento en Aconcagua". En: Gabriela Mistral. *Escritos políticos*. Ed. cit., p. 208.

⁷⁸ Como sustituto de aquel sistema, parece inclinarse más por situar al territorio -el topos- en el centro de "una red de actividades y de valores", como "soporte de las prácticas sociales, fundamento de la organización, de la disciplina, de la funcionalidad". P. Zumthor. *Op. cit.*, p.77. Agrega Zumthor: "El territorio es objeto de conocimiento, conocimiento que participa a su vez en su definición. Los parajes, los caminos que llevan hasta ellos, las relaciones mutuas entre los humanos, los productos de su labor: quizá no todo el mundo en la comunidad sabe hacerlo todo, pero la ausencia completa de un conocimiento determinado desenmascara al extraño, al enemigo potencia. [...] el territorio *contiene* la historia de los hombres que lo han hecho y que viven en él. Tácitamente, la está narrando; los ancianos se acompañan a este ritmo y la verbalizan". *Ibid.*, p. 78.

⁷⁹ G. Mistral. *Op. cit.*, p. 208.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

Alfredo Bufano. *Aconcagua*. Buenos Aires, Cooperativa Editorial Limitada, 1926.

Agustín Edwards. *Mi Tierra. Panorama, reminiscencias, escritores y folklore*. Valparaíso, Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1928.

Gerónimo Espejo. *El paso de los Andes. Crónica histórica de las operaciones del ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817*. Buenos Aires, La Facultad, 1916.

Joaquín V. González. *Mis Montañas*. Prólogo de Rafael Obligado. Buenos Aires, Ediciones Jackson, s/a.

- Thaddaeus Peregrinus Haenke. *Descripción del Reyno de Chile*. Introducción de Agustín Edwards M.C. Santiago de Chile, Editorial Nacimiento, 1942.
- Samuel Haigh, Alejandro Caldclough, Max Radiguet. *Viajeros en Chile 1817-1847*. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1955.
- Francis Bond Head. *Las Pampas y los Andes. Notas de viaje*. Traducción y prólogo de Carlos A. Aldao. Buenos Aires, Baccaro, 1920.
- Alfred Hettner. *La Cordillera de Bogotá. Resultados de viajes y estudios*. Primera versión castellana de Ernesto Guhl. Bogotá, Ediciones del Banco de la República, 1966.
- López de Gómara. *Historia general de Indias*. Barcelona, Editorial Iberia, 1954.
- J. A. Osorio Lizarazu. *Colombia donde los Andes se disuelven*. Santiago de Chile, 1955.
- Bartolomé Mitre. *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Buenos Aires, Anaconda, 1950. (Primera edición, Buenos Aires, La Nación, 1888).
- Ricardo Rojas. *El santo de la espada. Vida de San Martín*. Buenos Aires, Eudeba, 1970.
- Domingo Faustino Sarmiento. *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas*. Buenos Aires, CEAL, 1979.
- Meter Schmidmeyer. *Viaje a Chile a través de los Andes*. Buenos Aires, Claridad, 1947.
- Benjamín Subercaseaux. *Chile o una loca geografía*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1954.
- Benjamín Vicuña Mackenna. *A través de los Andes. Estudio sobre la mejor ubicación del futuro ferrocarril interoceánico entre el Atlántico i el Pacífico en la América del Sur*. Santiago, Imprenta Gutenberg, 1885.

Otras fuentes

Alonso de Ovalle. *Histórica relación del Reino de Chile y de la Misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús*. Santiago de Chile, Instituto de Literatura Chilena, Editorial Universitaria, 1969.

Concolorcorvo (Alonso Carrió de la Vandra). *El lazarillo de ciegos caminantes*. Edición preparada por A. Lorente Medina. Madrid, Editorial Nacional, 1980.

Santiago Estrada. *Viajes. Del Plata a los Andes y del mar Pacífico al mar Atlántico*. Barcelona, Imprenta de Henrich y C^o, 1889.

Abraham Köning. *A través de la República Argentina. Diario de viaje*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1890.

Jullien Mellet. *Viajes por el interior de la América meridional*. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1959.

Leon Pallière. *Diario de viaje por la América del Sur*. Buenos Aires, Editorial Peuser, 1945.

Jorge Pérez Browne. *En cordillera*. Los Andes (Chile), Imprenta Lillo, 1940.

Reginaldo de Lizárraga. *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Buenos Aires, La Facultad, 1916.

Bibliografía crítica

Jens Andermann. *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario, Beatriz Viterbo, 2000.

Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

- Susana Bandieri (coord.). *Cruzando la Cordillera... La frontera argentino-chilena como espacio social*. Neuquén, Centro de Estudios de Historia Regional, Universidad del Comahue, 2001.
- Álvaro Bravo. *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en la culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, Universidad de San Andrés, 1994.
- Horacio Capel. "Ingenieros y arquitectos de la ilustración en España y América". En: *Suplementos Anthropos*. Barcelona, nº 43, 1993.
- César Carrizo. *Rapsodia viajera. Almas y cosas, imágenes y voces de tierras argentinas*. Buenos Aires, Editor Carlos J. Marchi, 1944.
- Boyd Carter. *Las revistas literarias de Hispanoamérica*. México, Ediciones de Andrea, 1959.
- Eduardo Cavieres. "Espacios fronterizos, identificaciones nacionales y vida local. Reflexiones en torno a estudios de casos en la frontera argentino-chilena. La revalorización de la historia". En: Susana Bandieri (coord.). *Cruzando la Cordillera...* Ed. cit.
- María Eugenia Cepparo de Grosso, Rosario Vargas. "Los centros de alta montaña y los ejes de penetración a Chile. Un proceso de desarrollo contradictorio". En: *Revista de Estudios Regionales*. Nº 17, 1997, pp.137-171.
- Juan Carlos Chiamonte. "Cuando la Nación no tenía mapa". Conferencia pronunciada durante los "Debates de Mayo: a cinco años del Bicentenario. Nación, cultura y política", organizados por la Secretaría de Cultura de la Nación, mayo 2005. Reproducida en: *Revista de Cultura Ñ*. Buenos Aires, nº 86, 21 de mayo de 2005, pp. 34-35.
- Edmundo Correas. "Mendoza a través de viajeros". En: *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. Segunda época, nº 7, 1972.
- Mónica María Cortellezzi. "La percepción de la ciudad de San Rafael, Mendoza (Argentina) y la fundamentación de la imagen colectiva".

- En: *Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales*. Universidad de Barcelona, vol. VIII, nº 446, 15 de mayo de 2003.
- Beatriz Davilo, Claudia Gotta (comp.). *Narrativas del desierto. Geografías de la alteridad. Viajes de cronistas, misioneros y exploradores de la Patagonia y el Chaco (siglos XVIII y XIX)*. Rosario, UNR Editora, 2000.
- Andrzej Dembicz (coord.). *El lugar y el Espacio en la Tradición de las Culturas Latinoamericanas*. Seweden, Institute of Latin American Studies, Stockholm University, 1995.
- Elena Duplancic. "El paso de los Andes: su canonización". En: *Piedra y Canto. Cuadernos del CELIM*. Nº 7-8, 2001-2002, pp. 89-105.
- Marta María Huertas. "La red caminera en la época de la Confederación Argentina. Un ejemplo de conectividad e integración." En: *Revista de Estudios Regionales*. Nº 29, Facultad de Filosofía y Letras, 1998.
- Martín Kohan. "Al otro lado de los Andes. La identidad argentina y la otredad chilena". En: *Tramas, para leer la literatura argentina*. Nº 6, 1997.
- Pablo Lacoste. *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- ". "El arriero: sujeto histórico criollo del cono sur". En: Maíz, Claudio (comp.). *La memoria. Conflicto y perspectiva de un objeto múltiple*. Mendoza, Editorial Facultad Filosofía y Letras, 2003.
- Donald Lowe. *Historia de la percepción burguesa*. Traducción de Juan José Utrilla. México, Fondo de Cultura, 1982.
- Claudio Maíz. "Naturaleza, espacio y campo. Una nueva mirada a tópicos mistralianos". En: *Taller de Letras. Revista del Instituto de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile*. Nº 31, 2002.
- Gabriela Mistral. *Escritos políticos*. Selección, prólogo y notas de Jaime Quezada. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1994.

- Jorge Myers. "Los senderos de la 'utopía de América': tres itinerarios y una encrucijada en la construcción de una formación cultural transregional" (Inédito).
- Andrés Núñez. "La invención del territorio". En: http://www.dibam.cl/patrimonio_ruralistas/art_invencion.htm, consultado en julio de 2005
- Igor Orzhitsiy. "El *geo-logos* de los países andinos: la geografía en la literatura". En: *Cuadernos Americanos*. N° 91, 2002.
- Alejandro Paredes. "Religión y exilio chileno. El discurso del Comité Ecuménico de Acción Social. Mendoza 1973-1989." Trabajo de investigación del Proyecto sobre Redes Intelectuales en América Latina. CONICET (Inédito).
- F. Paul-Levy y M. Segaud. *Anthropologie de l'espace*. Paris, Pompidou, 1983.
- Héctor Pérez Brignoli. "Transformaciones del espacio centroamericano". En: Marcello Carmagnani y otros (coord.). *Para una historia de América II. Los nudos (1)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Mary Louise Pratt. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Traducción Ofelia Castillo. Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 1997.
- Arturo Andrés Roig. "Apuntaciones sobre el despertar literario de Mendoza. Acompañadas de la historia de tres textos." En: *Piedra y Canto. Revista del CELIM*. N° 2, 1994.
- Luis Alberto Sánchez. "El paisaje en la Literatura Americana, elemento desconocido aunque dominante". En: *Revista iberoamericana*. N° 4, noviembre, 1940.
- Milton Santos. *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona, Ariel, 2000.
- Gina Alessandra Saraceni (coord.). *Miradas peregrinas, escrituras errantes. Viaje, cultura e identidad en América Latina*. Número

Especial de *Estudios. Revista de Investigaciones literarias y culturales*. Nº 16, julio-diciembre 2000.

J. Vericat. "A la búsqueda de la 'felicidad' perdida. La Expedición Malaspina o la interrogación sociológica del imperio". En: *Revista de Indias*. Vol. 47, 1987, pp. 559-617.

Viajeros rusos al sur del mundo. Compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena, Olga Ulianova. Santiago de Chile, DIBAM, USACH, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000.

Gustavo Zonana. "La representación literaria del paisaje en *Aconcagua* (1926), de Alfredo R. Bufano". En: Gloria Videla de Rivero. *Literatura de Mendoza. Espacio, historia y sociedad*. Mendoza, Editorial FFyL, 2000, t. I.

-----, "Puente del Inca como paisaje". En: Gloria Videla de Rivero. *Literatura de Mendoza. Espacio, historia y sociedad*, ed. cit.

Paul Zumthor. *La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media*. Traducción de Alicia Martorell. Madrid, Cátedra, 1993.